

La novela proletaria



**25
CTS**

**RAMON
MAGRE**



Ayuntamiento de Madrid

LA NOVELA PROLETARIA

PUBLICACION SEMANAL

Director: **AUGUSTO VIVERO**

Año I



Núm. 16

Un periodista

por

RAMÓN MAGRE

Portada de GUY



EDICIONES LIBERTAD

Calle de Roma, 41

MADRID

Ayuntamiento de Madrid

El próximo número de
La Novela Proletaria

se titulará

El enchufista

por AUGUSTO VIVERO.

80.000 ejemplares

se han puesto a la venta del sensacional y emocionante folleto del brioso confinado, el ejemplar sindicalista Tomás Cano, titulado

Nuestra odisea

en Villa Cisneros

con un interesantísimo y ameno prólogo de

RAMON FRANCO

Ejemplar, **50** céntimos.

Imp. Campos (hijos), Pedro Heredia, 1 dupdo.—Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Un periodista

I

El primer fracaso

Luis Mayral tenía un alto concepto del periodismo.

El periódico, pensaba, bien orientado, honradamente, podría ser un gran desinfectante de la sociedad.

Estimulado por ese noble deseo, guiado por una fe viva en la elevada misión del periodismo, entró a formar parte de la redacción de un gran rotativo barcelonés, un poco frívolo, desde el cual, a pesar de todo, pensaba transmitir a los lectores su gran optimismo y su idea de que habían llegado para nuestra Península horas solemnes en las que se decidía la realización de importantes destinos.

Era feliz.

El periodismo, que hasta entonces había cultivado como un ideólogo, como un teórico que sentía por la profesión la más noble de las emociones, iba a ser, por fin, su ocupación, un trabajo al que sabía revestir de la grandeza que merecía y dignificarlo.

Era, pues, conocido como un periodista de extrema izquierda.

Al presentarlo el director-propietario a algunos de los redactores, cincuenta ojos ávidos se clavaron en él. El más impertinente en su mirada escrutadora, era el encargado de los «Ecos de sociedad», blando y suave como uno de esos mininos coquetones que se pasan la vida runruneando en la voluptuosa molicie de un sofá.

Se encontró, de pronto, rodeado de un ambiente hostil, agresivo, de personas que temen contaminarse de la funesta manía de pensar, como aquel cate-drático de la ciudad de Cervera—el pueblo natal de Luis—, cosa que naturalmente disgustaría al direc-tor.

Luis era joven y fuerte, afectuoso y cordial.

La frialdad insolidaria de aquel ambiente, a él, que abría rápidamente el corazón, limpio de pasio-nes mezquinas, le pesó en seguida como una cárcel.

Sólo una mano cordial, tibia, suave, blanca, de mujer, se le ofreció amable:

—Bienvenido, Mayral.

—Gracias, señorita.

Era una redactora. Mujer moderna, culta e inquie-ta, conocía a Mayral por sus artículos y era el suyo el único cerebro del cual salía en aquella casa al-guna idea.

Los redactores todos pensaban igual. El cerebro del propietario era el cronómetro que regía sus pen-samientos.

Tres días a la semana Luis tenía que trabajar con aquella compañera de redacción, en lo relativo a las páginas femenina y cinematográfica, y los res-

tantes, emplearlos en interviús y reportajes callejeros.

El flamante periodista, avalado con un carnet de tal, lanzóse con entusiasmo a su profesión, debutando como crítico cinematográfico.

Se estrenaba aquellos días una gran película rusa, que los Borbones prohibieron. Era un vibrante espectáculo de alta emoción revolucionaria que entusiasmo a Luis. Al terminarse la sesión del estreno, con la impresión viva en el alma de la gran fuerza de humanidad que palpitaba en las escenas de aquella cinta, corrió a la Redacción, hizo una crítica apresurada y la entregó a las máquinas.

Cumplida esta misión, se retiró a dormir.

Cuando despertó al día siguiente, se lanzó a la calle en busca del periódico.

Repasó su crítica. Cálida, brillante, emocionada. Experimentó una alegría íntima, esa satisfacción única del que se siente a gusto con su misión y que sabe llenarla plenamente.

Corrió a la Redacción. Observó, al entrar, un movimiento inusitado.

Todos le miraban como asustados, con esa cara boba que se pone ante las audacias que no sabemos imitar.

El director tenía dejado encargo que Luis Mayral se le presentase en su despacho.

El joven obedeció. Al entrar, su compañera, que estaba allí, le felicitó por la magnífica interpretación de aquella cinta, vista por ella ya en sesión de prueba.

El director ordenó al joven que se sentase. Luego empezó a leer en voz alta fragmentos de la crítica:

«La Dictadura prohibía en las artes y en las letras, con su insultante analfabetismo, todo aquello que podía despertar en el hombre el sentimiento de justicia y fomentar el instinto de dignidad.

La censura en las producciones del pensamiento y el despotismo prohibitivo en las producciones del arte.

Esta suerte le ocurrió a la producción cinematográfica rusa, «El Crucero Potemkin», de la cual vamos a ocuparnos, y que se estrenó ayer.

Esta película es la revelación cruda, sin pasión insana que la acentúe, del barbarismo zarista, 1905. En aguas de Odessa, la tripulación del «Potemkin», cansada de que la envenenen con carne podrida, protesta. Hay amenazas, quejas, conatos. El comandante, representante máximo de aquel verdugo, comparable al que fué Alfonso XIII, de aquel Zar que tuvo el fin que merecía desde que hubo nacido, hace formar en cubierta a toda la tripulación.

Divide en grupos a los descontentos y los cubre con un toldo para fusilarlos. Cuando da la voz de ¡fuego!, surge un grito del grupo de los condenados.

—¡No disparéis, hermanos!

Vacilan los fusiles, impreca el verdugo y los soldados no quieren disparar sobre sus camaradas.

Se inicia la revuelta. Los oficiales sobre quienes no se ejerce violencia, son arrojados al mar...

Y sobre los mástiles altísimos del crucero ondea la bandera de los sublevados, que han sabido, ante todo, ser hombres. El pueblo de Odessa demuestra a los sublevados su solidaria simpatía. Y presurosas carreras de barquitas llevan a los marinos del «Potemkin» espléndidos regalos de víveres.

Los soldados del Zar recorren las calles de la ciudad fusilando a niños, mujeres, ancianos. A cuantas personas hallan a su paso, por orden expresa del tirano. ¡Visión horrenda, justificadora de todas las venganzas!

Los servidores de Alfonso XIII temían que el pueblo español se indignase ante el realismo de las escenas de esta película, como de «Ivan el Terrible», por lo que tenían de la realidad análoga de nuestro país.

Ante el salvajismo de los Zares rusos no se indignó esa prensa y esa opinión que se ha indignado con las violencias mil veces inferiores de los soviets, de los viejos héroes de la revolución rusa, bárbaramente torturados, asesinados a millares por los esbirros del déspota del Kremlin.

Y, sin embargo, todos los actos del pueblo ruso contra sus tiranos, podrían justificarse. Porque no puede pedirse más civilización que a la aristocracia y al alto clero, a un pueblo al que premeditadamente se ha sumido en la ignorancia y en la abyección y que durante muchos siglos ha sufrido, como tutelaje de la autoridad, el látigo y el plomo...»

Al terminar la lectura, el director exclamó:

—¡Eso es intolerable!... ¡Eso es revolucionario! Comunismo puro.

—Yo creí que un diario republicano...

—¿Republicano?—atajó el director—. Ahora todos somos republicanos porque vivimos en República. Pero eso es revolucionario y no puede repetirse en nuestro diario. Cuando se hable de estrenos de películas como ésta, tan abominablemente audaces, el periodista debe circunscribirse a detallar las características del público, afirmar que el salón estaba lleno, que era una obra vulgar... pero, no: esto no. Entonces caemos en el riesgo de perder el anuncio, y eso es lo que hay que evitar.

Lo que dice usted es enorme, ¡enorme!

Sonó el teléfono.

La Empresa del cine donde se exhibía la película, felicitaba por la crítica y comunicaba que recogió algunos párrafos para insertar en los programas.

—¿Lo ve usted? Ahora se inundará Barcelona de papel reproduciendo lo que dice mi periódico. Ese es el mayor escándalo en que ha incurrido nuestro periódico, que pertenece honorablemente a la buena Prensa.

—Es una magnífica reclame...

—No; es acreditarlos de revolucionarios, y esto va a asustar a nuestros lectores, gente de orden, pacífica, burguesa.

—Nunca se había acordado nadie de reproducir nada de nuestro periódico—intervino la joven—. El éxito ha correspondido al señor Mayral.

—Es preferible que no vuelva a suceder. El ideal

de todo periódico templado se reduce a no tocar ningún asunto a fondo; halagar a quien pueda dar anuncio; cantar la vida bella y amable que adormece a las multitudes en sueños de grandeza; respetar los poderes constituídos, combatir todo intento de agresión a estos poderes que son la base de la tranquilidad nacional, del orden, de la paz y de la civilización. La tónica de nuestro periódico es y ha de ser esa, señor Mayral. Hoy cuidará de hacerme algo nuevo, original, sobre el tema de moda; una interviú con una reina de belleza, sus gustos, sus costumbres, los perfumes que usa, etc... Eso es encantador.

II

«Una interviú»; el segundo fracaso

Al salir de la Dirección, Luis llevaba en el alma el sabor amargo de la primera desilusión. Sus proyectos de periodismo vivo, latente, transcendental; sus sueños de periodismo que enfocase las cosas con un marcado calor de humanidad, empezaban a desvanecerse. ¿Qué debía hacer? ¿Renunciar a la profesión? ¿Conformarse a ser un autómatas que escribiese según el criterio del director-propietario, anulándose a sí mismo, o dedicarse a otro trabajo más decente?

Decidió esperar.

Había llegado frente a una lujosa camisería en la cual trabajaba una presunta Reina de la Belleza a

la cual debía interviuvar. Se presentó y ella accedió encantada, ensayando una pose trascendental, digna de Greta Garbo.

Empezó:

—Los colores preferidos por mí para vestidos son el lila pálido, el rojo y negro y el azul cobalto. El artista que me gusta más es Conrad Nágel. ¡Tiene aquel modo de mirar! Soy partidaria del maquillaje discreto y uso perfumes de la casa Mirurgia. ¡Uf! Leer me aburre.

Junto a ellos, una joven discutía con el dueño del establecimiento. Luis percibía perfectamente las palabras de ambos. La joven reclamaba por la confección de cada docena de camisas nueve pesetas, y el dueño insistía en que sólo le pagaba siete.

—¡Es que no puedo vivir! ¡Tengo una niña!—exclamaba la joven.

—Eso no me interesa. Nada tengo que ver yo en ello. No le doy un céntimo más que siete pesetas por docena. Hay muchas ofertas.

Y la joven tuvo que ceder. Envolvió los cortes de camisa y se fué.

«He ahí una interviú interesante de veras»—pensó Luis.

Rogó le fuese indicada la dirección de la joven obrera, y así que la tuvo en su poder, despidióse de la presunta Reina de Belleza y se fué.

Al salir a la calle, rasgó las cuartillas. ¿Qué podrían interesarles al público el perfume que gastaba esa criatura, el artista que le gustaba más, los colores de vestidos y otras vaguedades? Sin embar-

go, todo eso era trascendental para el director de aquel periódico burgués.

En vez de hacer una interviú vacía, intrascendente, ramplona, a la posible «Mis Barcelona», haría otra a «Mis Trabajo», más viva, más interesante y plena de emoción humana.

Se dirigió al casco antiguo de la ciudad. Cruzó infinitas callejuelas hasta dar con una calle angosta, sucia, con esta suciedad característica que deja el Ayuntamiento que se engalanan las barriadas de los trabajadores. Chiquillería alborozada. Rebaños de niños medio desnudos, sucios, que huyendo de los cuchitriles buscan en la calle un marco más amplio y un poco de luz. Vendedores ambulantes que pregonan averiadas mercancías. Eso es la calle donde vive la señorita «Mis Trabajo». Penetró en el portal.

Son las once de la mañana y la escalera está, naturalmente, oscura. Peldaños desgastados, rotos. Inmundicia, basura, mal olor. Por fin llegó al titulado cuarto piso, que es el sexto, y llamó.

Una voz infantil, sonora y vibrante, contesta detrás de la puerta.

—Mamá no está. Vuelva mañana.

Insistió. Creía estar en el secreto. Es primero de mes y él sabía también de los sobresaltos de una llamada a nuestra puerta, tras la que hay, sin duda, la espeluznante figura del casero. Al fin se abre la puerta tímidamente. Un angelote, rubio, de mirada inteligente, le inspecciona. Su ingenuidad adorable,

limpia, le hace decir a su mamá, que está en el interior:

—No es el procurador, mamá. Pase usted.

Presentían, como se figuró, al casero. Al penetrar en el piso, allá al fondo, junto a una ventana, una mujer inclinada sobre la máquina de coser. Es una ventana de patio, sin luz, que sólo permite distinguir una silueta grácil, con los cabellos en desorden. Aguafuerte sombrío. La mujer se levanta, enciende la luz y le invitó a pasar.

—Soy periodista y venía a hacerle una interviú si me permite...

Se sentaron. El marco de miseria sobrecoge, deprime. Dos sillas, paredes desnudas y resquebrajadas, huellas de hambre en los rostros, miseria.

Ella le mira estupefacta.

—¿Una interviú a mí?

—Sí. No quiero proponerla, a pesar de merecerlo, para un concurso de belleza. Yo vengo a ver a «Mis Trabajo», y le ruego que conteste a mis preguntas.

—¿Pero qué puede usted decir de mí? ¿De una mujer como yo en su diario?

—¿Cuántos años tiene?

—Veinticinco.

Como viera su observación incrédula, añade:

—Es que trabajo catorce y quince horas diarias.

—¿En qué se ocupa usted?

—Soy camisera.

—Tantas horas de trabajo serán recompensadas con un jornal decente, ¿no es verdad?

—Yo no sé a lo que llamará usted un jornal decente. Pero en estas horas de trabajo intenso, sin apenas tiempo para comer, confecciono una docena de camisas. Y el jornal que me gano con la docena de camisas es de siete pesetas. Lo suficiente para alimentar a mi hijo.

—Pero esto es una explotación indigna.

—Si sólo fuera esto, menos mal. Cuando una va a llevar el trabajo se encuentra con ciertas exigencias de orden inconfesable... que se pretende entren en las siete pesetas...

—¿Hay hombres capaces de ello?

—Los hombres son capaces de todo. Los encargados es peor...

—Lo dice usted de una manera...

Tiene un acceso de tos. Su cuerpo, aquel cuerpo joven aún, envejecido, chupado, exprimida su vitalidad y energía gota a gota sobre la máquina de coser, se retuerce en una convulsión angustiosa. Luis pensó en este niño, en la sociedad que cierra los ojos a estas desventuras, que no quiere saber de estas tragedias hondas que se desarrollan en los sombríos escenarios de estas habitaciones miserables, sin luz, sin calor, sin alegría.

Esta mujer y ese niño van directamente a la tuberculosis. El niño, sentado en un rincón, calla correctamente mirando a su madre. Ella sigue cosiendo. Toma una pastilla, respira jadeante. La máquina de coser brilla a la débil luz de la lámpara eléctrica. La máquina, que es el patíbulo de la mujer, parece la única cosa viva en el cuarto.

—No crea usted que soy de las que lo pasan peor. Yo cobro tanto porque confecciono camisas de lujo, para venderlas de quince a veinte pesetas; pero las que las hacen para venderlas más baratas, lo pasan mucho peor.

—¿Y no han pensado ustedes en asociarse? ¿En unirse todas las víctimas del trabajo a domicilio para exigir un poco más de justicia, un poco más de moderación en la explotación de que son víctimas? ¿No han pensado que las camisas que confeccionan por menos de sesenta céntimos producen a otros tres o cuatro pesetas de beneficio líquido?

—Nosotras no sabemos nada de estas cosas. Verá usted...

—Pueden hacerlo los hombres.

—No hablemos de hombres.

—¿Por qué? ¿Se portaron mal con usted?

—Quise a uno para aprender a odiarles a todos. Fué uno de esos hombres que necesitan, para convencerse de que lo son, abandonar a una mujer al saber que son capaces de hacer un hijo.

Queda un poco pensativa. En el fondo de su corazón debe quedar, todavía, un recuerdo cariñoso por el hombre que fué. Luis respetó su silencio. Luis quisiera preguntarle cosas gratas. Los perfumes que usa. Su canción favorita. El novelista que le gusta más. Las flores que prefiere. Sus viajes. Sus trajes. Sus pretendientes... Pero todo esto es inútil para ella. Al fin se atrevió:

—Debe usted divertirse un poco, alegrarse, pasear... ¿No le gusta el cine?

—No tengo tiempo de pensarlo, con trabajar tantas horas al día. ¡Pasé un susto cuando llamó usted a la puerta! Pensé que fuera el casero.

—¿De veras no ha soñado usted con Rodolfo Valentino, ni con Chevalier, ni con José Mójica?

—Sólo les he visto en las cajas de cerillas.

—¡Es lástima que no sea usted casada! Sería usted una mujer ideal. ¡No estar contaminada de la epidemia de ensueños cinematográficos que vuelve histéricas a tantas mujeres! Es una dicha. El noventa por ciento de maridos tienen que repartirse platónicamente—porque están lejos—, el corazón de su mujer con algún artista de cine. Es usted un caso verdaderamente insólito.

—Será, quizá, porque el noventa por ciento de las mujeres no tienen que trabajar lo que yo.

—Seguramente. Si éste fuera el remedio, las podrían condenar a trabajos forzados.

Ríe levemente, como temerosa, como si reír fuera en ella un motivo de escándalo, un lujo prohibido en aquel cuarto oscuro, donde la tuberculosis va tejiendo inexorablemente su mortal telaraña.

Se despidieron. Al salir de aquel cuchitril miserable, hasta el aire de la calle infecta parecía delicioso a Luis. A dos pasos, las Ramblas. Una multitud apresurada y ruidosa. Y entre esta multitud, pensó en la soledad de aquel cuarto sin luz, de aquel laboratorio de mortales enfermedades, del palacio in-mundo de «Miss Trabajo», que en estos tiempos vacíos, de concursos anodinos, está olvidada de todos...

Las revistas llamadas ilustradas de los kioscos exhibían a una docena de «Miss» reinas de belleza, que enseñan hermosas piernas, bien torneadas, cuerpos turgentes y perfectos. Aún no se ha hecho un concurso de señoritas laboriosas y útiles, como la Reina de la Miseria que acababa de visitar...

Tenía la satisfacción de haber hecho un trabajo interesante, de vivo interés social, palpitante de vida, para mostrar al público sensible la horrenda realidad de esas trágicas vidas ignoradas.

Al atardecer, lo entregó, con otras notas informativas, al director, un poco temeroso por su suerte.

Era sábado y hora de abandonar la Redacción. Nuri, la compañera con la cual había intimado un poco, le esperó a la salida. Anduvieron juntos Ramblas abajo. Leyó a su amiga la copia a máquina que guardaba de la interviú.

—No se publicará—sentenció—. Es demasiado humana.

—¿Usted cree?

—Sí. El director la rechazará y el lunes volverá a agobiarle con sus discursos.

—Creo que he fracasado en el periodismo. ¿Qué opina usted?

—No; el fracasado es el periódico. El periódico es un muerto que rechaza toda inyección de vida.

—¡Prensa burguesa! ¿Por qué ha de poseer esta gente máquinas y útiles para embrutecer a la humanidad? Ese tampoco es su ambiente, Nuri.

—Ciertamente.

En un café de las Ramblas sentáronse a tomar

un refresco. La hora era magnífica. Un atardecer de estío preñado de honda emoción popular.

Las calles eran torrentes humanos, donde cada ser buscaba su objetivo, seguía apresuradamente su corriente.

A Luis le entusiasmaba este rumor de multitud porque buscaba en él la promesa perenne de grandes obras que se gestaban en el fondo de este gran murmullo.

Permanecieron mudos largo rato, absortos en aquel gran espectáculo y poseídos por el encanto inefable de la hora.

Hay dos cosas encantadoras. Perderse en la multitud y perderse en la soledad—dijo Nuri—. Mañana voy a perderme en la soledad.

—¿Sí?

—Una excursión en auto.

—¿Sola?

Se miraron intensamente a los ojos, buscando ambos dos términos que no se pronunciaban.

—Sola—contestó.

Luis, no hallando otra forma más correcta para invitarse, tal vez para interpretar el pensamiento de ella, exclamó bruscamente:

—Yo iré con usted.

—Acepto.

Concertaron la hora, y la figura fina, cimbreante de Nuri, se perdió en aquel torrente humano, buscando su casa, desde cuya puerta saludó, agitando un guante, a Mayral.

III

Domingo, en libertad

El pequeño «Austin» obedecía ciego la orden de velocidad de la mano maestra de Nuri. Pronto los campos. Verde, rojo y amarillo de la campiña catalana. Pueblos en paz. Arcadias donde empiezan a brotar las inquietudes espirituales de la época, donde llegan, un poco amortiguados, los ecos del proletariado en su viril cruzada de emancipación. Quietud pensativa.

Sobre el marco blanco de la carretera, se destaca un grupo: un campesino con un par de mulas. La tierra reclama que se la fecunde cada día, aún los domingos.

—Disminuya la marcha. Puede espantar las bestias—exclamó Luis.

—No quiero.

Era la suya una marcha loca, como un vértigo. Parecía que algo anormal pasaba en Nuri.

Como él había advertido, se asustaron los animales y saltaron a la zanja.

El campesino se quedó mirándoles y les obsequió con una subida maldición.

—No ha sido nada galante con usted...

—Esos campesinos son imbéciles.

—Tenía razón; no hay derecho a semejantes locuras.

—Los campesinos son imbéciles porque no comprenden la velocidad.

—Quizá sea así; pero, sin embargo, son útiles. Y artistas. Yo quiero a los campesinos. Nadie es capaz de creaciones artísticas bucólicas como ellos. Combinando trigales y viñedos, árboles y arbustos, crean el sustento de la vida humana y construyen lienzos inmensos de belleza gaya.

Luego llega un arribista cualquiera provisto de pinceles y tela y reproduce lo que este hombre ha creado con sencillez.

El pintor tiene modales finos. Viste bien. Luego la Prensa, esa Prensa que destierra de sus columnas toda inquietud social, le proclama un genio del paisaje. Sin embargo, no ha hecho otra cosa que copiar lo que hizo, sin pretensiones, un campesino.

—Eso es descabellado, absurdo.

—El artista se ha sentido arrebatado por la belleza del paisaje y lo aprisiona en el lienzo.

—¿Y qué más?

—Luego cualquier burgués, que no sabría apreciar, en mil veces de cruzarlo, un paisaje notable, adquiere los cuadros de ficción.

—Y no se acuerdan del campesino—rió Nuri.

—Opinan como usted, «los campesinos son imbéciles». Criterio burgués.

—¿Todo esto para decirme que soy una burguesa en el sentido flaubertiano?

—No; sencillamente para defender a los de mi clase.

—¿A los de su clase? ¿Cree, acaso, que no soy demócrata?

—No me importa la democracia burguesa. Mi clase son los seres útiles, los que no son una carga para los demás. Su democracia es una ficción inútil.

—Yo trabajo—rió Nuri, con una risa llena de claridad.

—¡Bah, periodista de un periódico burgués! Los que no hacen un trabajo útil viven de limosna. Pero como para defender sus derechos ilegítimos disponen de mil medios represivos, no viven de limosna. Viven, sencillamente, de la usurpación.

—¿Qué pretende decir con esto?

—Que un comerciante que compra a treinta y vende a cien, roba. Que un fabricante que administra un trabajo de mil obreros, guardándose para sí el 80 por 100 de su producción, es un ladrón, que si no cae en los códigos—los códigos escritos por la burguesía—, cae en un delito de lesa humanidad del cual ha de responder ante la historia. Rusia nos ofrece una pequeña lección.

—Una lección de caos.

—Para «ustedes», responsables ante la historia, una lección de caos. Para «nosotros», acusadores ante la historia, una lección de justicia. Pequeña lección todavía. Balbuceo de justicia que ha de perfeccionarse y ampliarse.

Había cortado la marcha con la discusión. No era una carrera; mejor era un paseo. La carretera, sinuosa, se deslizaba entonces como una línea blanca pintada sobre el esmeralda y verde de las huer-

tas que se extendían a ambos lados. En el horizonte asomaba el mar, crisol de plata bajo el sol.

Algún campesino se confundía, removiéndola, con la tierra. Mujeres en las huertas. Chiquillería que corre detrás de las mariposas. Naturaleza, Tierra. Libertad.

Nuri pensaba, como en éstaxis. ¿En qué? Su mirada vagaba lejos, perdida en las lejanías de la eternidad. Había una gran majestad en su frente limpia, una gran belleza en su gesto, un hálito de grandeza en su meditación.

—No me negará—dijo al fin—las infinitas cosas bellas que tiene la sociedad burguesa.

—Todas ellas hijas del trabajo.

—Me refiero a la moral inclusive.

—¿Cuáles?

—¡Deberían ahorcar a todos los bolcheviques!

—¿Y qué? El Zar lo hizo durante muchos años. Pero no es el Zar quien fija el determinismo de la historia. Son las necesidades humanas. Seguramente que si usted le preguntase a un viejo soldado rojo que fué martirizado por los esbirros del Zar y deportado a Siberia, que ha sufrido todos los rigores del dolor y ha visto destruídos, su hogar, su familia, todo lo que le era grato y querido, qué es lo que hay que hacer con la aristocracia y la burguesía inútil, no contestaría, como usted, que deben ser ahorcados. Diría simplemente: «¡Que trabajen!»

IV

Soledad

Junto a las costas de Garraf, Nuri internó el pequeño coche en un bosque de pinos que proyectaban amablemente una sombra acogedora.

Era un lugar magnífico.

Cielo, montaña, mar.

La serena majestad límpida de un horizonte impecable; la esmeralda viva, atrayente, pasional, de los pinares y la gran rebeldía indomable de las olas.

Era temprano y no había nadie en el aquel lugar. Mientras, ella, en el interior del coche, se vestía el traje de baño; Luis se tumbó sobre la arena de la playa. Era atrayente la quietud del mar, el vaivén pacífico de las olas que lamían tímidamente la roca viva y besaban leves la sumisa arena.

Pensaba en Nuri. En su viva inteligencia, en el gran caudal de su sensibilidad y en otras cosas que la elevaban de la vulgaridad corriente y la hacían admirable.

Hija única de un alto empleado de la Generalidad, contaminada con todo el morbo abominable de una educación burguesa, contra la cual reaccionaba dignamente algunas veces, tenía rasgos admirables de rebeldía contra la atávica dictadura de la familia y se creó una independencia no exenta de frecuentes disgustos familiares, que mereció la crítica más dura y repetida de sus amistades.

¿Qué sucedería si los mininos de la redacción, las «damiselas» de los amigos de sus papás, los insulsos pretendientes de cabeza planchada con fija-

dor, bibelotitos con pulserita de oro, si se enterasen de que había pasado el día, sola, en la playa, con Luis Mayral

Sin embargo, era Nuri tan adorablemente cristalina, que al día siguiente lo diría en la redacción, exponiéndose a la innoble crítica de aquellas pequeñas almas.

—Ayer fuí de excursión con Luis. Es un hombre adórame.

Y luego se pondría a trabajar, sin conceder importancia alguna a las palabras pronunciadas en un arranque de noble naturalidad y tan maliciosamente recogidas.

Llegó Nuri hasta él en traje de baño; una vestal menudita, viva, preciosa.

—¿No va a vestirse para el baño?—exclamó, sentándose en la arena.

—Sí.

Y Luis se dirigió al coche. Era adorable la intimidad de aquel espacio reducido en el que estaban en desorden las más íntimas prendas de Nuri, exhalando un suave perfume de mujer, que flotaba en el ambiente.

Al salir ya vestido, Nuri nadaba briosamente mar adentro. Luis fué a reunirse a ella, y al regreso, ambos tumbáronse al sol.

—¿Qué piensa usted de mí, Luis?

—Que es una criatura encantadora.

—Gracias. Pero me refiero al aceptar esta situación peligrosa de hallarnos solos aquí. ¿Cree que soy una criatura extravagante, como dice usted?

—¿Por qué?

—Porque no es corriente en las mujeres salir al campo solas con un hombre.

—Porque no es corriente en las mujeres sin personalidad.

—¿No podría usted calcular que eso podría significar una invitación?

—Yo no pienso como un burgués, que en todas las cosas aprecia el cariz utilitario. Ni como un necio, que sólo piensa que entre un hombre y una mujer sólo deben existir las relaciones del macho y de la hembra. No he pensado más que su compañía es siempre interesante.

—¿Sólo interesante?

—Agradable... atrayente...

—¿Y si yo no hubiese pensado así? ¿Si esta excursión no tuviera otra finalidad que la de atraerle a mí en el secreto encanto de esta soledad?

—No haría más que celebrar la hora adorable de esta decisión.

Plena de una alegría íntima, Nuri viró rápidamente el curso de aquella conversación para no delatar la fuerza de un vivo sentimiento que apuntaba en su corazón.

—¿Cree usted en lo que dije de los bolcheviques?

—Es posible.

—Pues no es cierto. Yo creo que el proletariado tiene siempre la razón.

—No esperaba otra cosa de su sensibilidad y de su integridad moral.

—El proletariado tiene siempre derecho contra

el capitalismo por esa sencilla razón acusadora. Es el productor de todo y no tiene nada. Enriquece a sus explotadores con su trabajo y ni éste puede tener asegurado. Tiene más derecho a disfrutar de lo que produce que su patrono. ¿Para qué complicar esas razones simples con párrafos de filosofía y sectarismo?

—Me encanta escucharla así, Nuri.

—Y a mí mostrarme como soy, por primera vez, a un hombre que sabe comprender.

El diálogo se había prolongado largo rato.

Nuri manifestó sus deseos de comer y lo hicieron en un modesto merendero cercano, rodeado de pinos, hasta el cual llegaba, como una caricia, el sople leve de la brisa del mar.

Fué, en general, un día delicioso aquel domingo. En la claridad de la naturaleza habían aprendido a conocerse íntimamente aquellas dos almas, gemelas en muchos aspectos, unidas en un vértice de rebelión.

Al atardecer, en esa hora cansada y plácida en que el sol se bate en retirada, regresaron a la capital. El pequeño «Austin» llevaba una marcha lenta, como si se resistiese a llegar y destruir el encanto inefable de aquel hermoso día.

En la ciudad brillaban las primeras luces; zigzagueaban los primeros anuncios luminosos.

Al despedirse, cerca de la casa de Nuri, Luis le dijo:

—Le agradezco el goce inefable de este día inolvidable. Hasta mañana.

V

Prensa burguesa

La ciudad tenía al día siguiente un aspecto de aldea grande. Se había declarado la huelga general como protesta a la situación de los presos de la cárcel.

La ingenuidad de mucha parte de la clase obrera le había llevado a abrigar la esperanza de que la República burguesa podía ser un régimen de justicia para los trabajadores. Pero la experiencia les había enseñado que no podía esperarse nada de la política burguesa, ya que los intereses del proletariado sólo han de defenderlos las organizaciones propias y una política de clase, genuinamente proletaria, sin vínculos con los partidos de la burguesía.

Este desencanto producía periódicamente un hondo malestar social que se manifestaba en hechos aislados, en explosiones de rebeldía incoherentes y repetidos.

Faltaba en las filas del proletariado una verdadera capacidad organizadora, una voluntad firme de estructuración capaz de llevarle al triunfo contra la odiosa civilización capitalista.

Luis Mayral era considerado y querido en los medios revolucionarios. Había sido encargado por la dirección del periódico para hacer una extensa información de la huelga y los incidentes que en ella se desarrollaran, desde un punto de vista puramente informativo e imparcial.

En la Jefatura Superior de Policía pudo descubrir—gracias a ser redactor de un periódico de derechas—que un grupo de obreros había sido cruelmente apaleado.

La taxativa comprobación de esa acción infame le inspiró un enérgico comentario contra la Policía y las autoridades, redactado en tonos serenos, pero con un gran fondo de violencia, condenando esos procedimientos que deshonoran a un país civilizado.

Fué inútil el intento. El director se opuso a su publicación.

—Nosotros, afectos al régimen, no podemos publicar eso, que es un duro ataque al mismo—exclamó el director.

—¿Es decir, que condenar la acción indigna de unos policías que maltratan cobardemente a unos detenidos, es un ataque a la República?

—Naturalmente.

—La Policía no puede pegar y toda persona decente tiene el deber de rebelarse contra tales procedimientos.

—El régimen debe defenderse.

—Pero con justicia, no maltratando a los obreros, a los cuales traicionaron los hombres del Gobierno.

—Es inútil, eso no se puede publicar. Además, en todas partes la Policía pega. Pega en Francia, en Norteamérica, en Alemania, en Rusia, en Italia.

—¿Es ésta una razón para que en España consintamos que sobreviva esta vergüenza?

—Es inútil, Mayral; no hablemos más de ello.

—Entonces, director, yo no puedo continuar aquí. Reconozco mi fracaso como periodista y me retiro.

—De ninguna manera. Usted es un gran periodista que no tiene más que adaptarse a la tónica de nuestro periódico, y al que está reservado un espléndido porvenir en las letras. Yo le ruego que continúe usted. Yo pienso exactamente como usted, pero es preciso amoldarse a las exigencias del público que paga, que juzga y que proporciona anuncios.

A Luis le hirió más que nada la ofensa inferida por el director en aquello de «yo pienso exactamente como usted».

Salió de la Dirección con el propósito firme de abandonar la Redacción al finalizar el mes. Aquel ambiente le asfixiaba. Comprendía que era preciso embrutecerse, renunciar a todo para continuar allí, ahogar todos los latidos más nobles y la inquietud más sublime del hombre rebelde. ¿Podía conformarse a ello? ¿Podía renunciar a las aspiraciones más humanas de sus sentimientos? De ninguna manera. Era preciso dimitir.

* * *

Al abandonar la Redacción, como de costumbre, acompañó a Nuri. Le refirió la escena con el director y le anticipó un propósito.

—El libro que publiqué hace cuatro meses, que ha sido un gran éxito de venta, me ha proporcionado un beneficio de unas dos mil pesetas. Con ello pienso fundar un semanario en el que encuentre eco la inquietud social, que recoja el grito doloroso, desgarrado, del proletariado español. Yo no he nacido

para ahogar todas las inquietudes sociales en esa tumba que es un diario burgués.

Nuri escuchaba absorta. No se atrevía a objetar nada a la justa decisión de su amigo por encontrarla justificada y digna.

En aquel joven escritor, que no aceptaba banquetes oficiales, ni dádivas, firme en su camino, indomable como el acero, había el hombre íntegro que ella no había conocido y hacia el cual se sentía atraída ineluctablemente.

Cuando se despidieron, Nuri exclamó:

—¿Está absolutamente decidido a lo que me ha dicho?

—Fatalmente ha de ser así, Nuri. Ni el recuerdo de usted, a quien aprecio tanto, puede obligarme a obrar de otro modo.

—Lo siento.

—¿De veras? Yo siento que malgaste su viva inteligencia y su magnífica sensibilidad en aquella casa. ¿Por qué...?

Iba a decir algo Luis que se calló.

—¿Qué iba a decirme?—preguntó ella.

—Nada... Tal vez un absurdo...

Nuri parecía haber penetrado en el misterio de aquel silencio, interpretando la intención de una pregunta no formulada.

Y se despidió de Luis.

Tomó un taxi y se hizo conducir al garaje donde guardaba el auto.

Entró en la dirección y tras breves palabras firmó la venta de aquel pequeño «Austin», que era exclu-

sivamente suyo. Poco rato después salía del garaje con 3.500 pesetas en el bolso.

VI

La ruta verdadera

Sí. Era preciso abandonar el ambiente asfixiante de aquella covacha amparadora de todas las injusticias. Lanzarse valerosamente a la lucha abierta contra el régimen capitalista que aplastaba a la humanidad bajo el peso de su gran injusticia económica.

Era más noble, más ideal, más elevado que hacerse cómplice de los crímenes del capitalismo, salir a la calle y enfrentarse con él.

Aquel mismo día tuvo su choque Nuri con el director.

Un espectáculo repugnante, frecuente en la *admirable* civilización burguesa, la había indignado.

Una calle insana. Unos funcionarios, protegidos por la Guardia Civil, desalojaban un piso; echaban a la calle a una familia obrera, privada del derecho al trabajo. Una mujer llorando, con un niño en brazos. Un hombre aplanado, agobiado, vencido por la fuerza de impiedad social, crispados los puños, severo ante su impotencia miserable frente a la injusticia organizada. Y, en la acera, arrimados a la pared, dos niños hoscos, paliduchos, pensativos; dos criaturas que no tenían reflejada en sus ojos la alegre esperanza de un vivir gozoso, tranquilo y plácido al que tenían derecho.

Dos niños que se acercaban a la vida, que se aso-

maban al mundo y éste les cerraba todas las puertas sin compasión, insensible, cruel en su egoísmo desenfrenado.

Terrible aguafuerte el de aquel desahucio, que llegó al alma noble de Nuri.

Y después de ofrecer a aquellas criaturas desdichadas, que tan dura como prematuramente recibían de la vida la primera lección, un beso emocionado y un billete, corrió a la Redacción para estallar de indignación en las cuartillas, para recoger en ellas aquella emoción sublime en pro de aquellos niños hoscos, hambrientos, pensativos y arrojados tan vilmente de un cuartucho miserable.

Aquel artículo, que no pasó por la censura del director, provocó una catástrofe.

El propietario, dueño de una fábrica y de tres grandes almacenes de tejidos, se dirigió indignado al periódico y retiró los anuncios.

El vecindario reaccionó contra él, y, ante el escándalo, volvió a admitir a los desahuciados en el piso triste, miserable, sin luz, del cual les había arrojado tan inhumanamente.

Nuri tuvo ocasión de comprobar por su propia obra, de lo que era capaz el periodismo honrado, al servicio de la causa estricta de la justicia y del bien social.

Mayral la felicitó con efusión.

El director la llamó a su despacho.

—¿Usted sabe lo que ha hecho, Nuri?

—Creo haber cumplido con mi deber.

—¿Qué interés tenía usted por esta gente?

—Un interés puramente humano.

—Se está usted contaminando de las locuras de Mayral.

—Esto no es nada grave. Es un motivo de orgullo para mí.

—¿Sabe usted qué me ha costado a mí su articulo? Mil pesetas mensuales de publicidad que me ha retirado el propietario de la casa.

—Yo voy a remediar en lo que pueda el daño. En adelante puede usted ahorrarse 250 pesetas que me da a mí. Me he contaminado de Mayral, como usted dice, y me voy.

Sin pronunciar una sílaba más Nuri salió del despacho. Los mininos de la Redacción parecían aterrados ante aquella avalancha revolucionaria que había penetrado en la casa, y miraban embobados a sus compañeros.

Aquel mismo día formalizaron Nuri y Mayral la sociedad para editar el nuevo semanario. Dos mil quinientas pesetas cada uno.

Aquellos dos seres de sensibilidad extraordinaria, que amaban al proletariado y se lanzaban a seguir su propia suerte, con decisión y desinterés evidentes, se libraron así de perderse, de hundirse, de caer en el abyecto lodazal de la Prensa burguesa, encubridora de todas las injusticias, perpetuadora de la tiranía y la desigualdad social, siguiendo el ritmo magnífico de sus propias vidas.

Ramón Magre

Ayuntamiento de Madrid

de

llo

li-

ha

En

me

ted

es-

ra-

bía

sus

la

mil

ría,

su

tes,

en

brí-

ti-

ag-

La

BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS

lleva publicados los siguientes números:

JESUCRISTO, MALA PERSONA.

LAS ALEGRES ABUELAS DE JESUCRISTO (denunciada).

LA ABSURDA VIRGINIDAD DE MARIA (denunciada).

¡ESO DE LAS HOSTIAS! (denunciada).

LA FARSA DE CRISTO REY.

LOS CHIRIMBOLOS DEL ALTAR.

LA IGNORANCIA DE JESUCRISTO.

¡VAYA UN CIELO EL DE LA BIBLIA!

JESUS, SANTIFICA EL MATRIMONIO CIVIL.

EL POBRE DIABLO.

EL SACRAMENTO VAGINAL.

En breve:

JESUCRISTO, HOMOSEXUAL.

Pedidos a

EDICIONES LIBERTAD

ROMA, 41. — MADRID

Imp. Campos (hijos), Pedro Heredia, 1 dupdo.—Madrid
Ayuntamiento de Madrid